

Un histórico jefe de Internacional

JAIME ARIAS

LA VANGUARDIA, 28.01.10

Nadie mejor que Santiago Nadal conoció a su hermano Carlos. Su humanismo, su rectitud, su elegancia espiritual, su dominio del idioma, su vasta cultura y hondo conocimiento, a lo Coromines, de lenguas románicas e hispánicas; su irrevocable vocación literaria y periodística y, para postre, su self control, que le permitía mandar siempre sin necesidad de elevar la voz, bastando su autoridad moral y sentido del compañerismo y del buen humor.

Virtudes que Santiago tuvo en cuenta a la hora de potenciar la sección de Internacional, de la que fue el primer redactor jefe en la posguerra. En connivencia con el Conde de Godó, ambos monárquicos juanistas y anglófilos, dispuso de las páginas de política exterior para realizar una auténtica labor de pedagogía filodemocrática cerca de los lectores de La Vanguardia.

Santiago Nadal, político con legítimas ambiciones, al acecho de cualquier maniobra en el permanente y sordo duelo entre Estoril y El Pardo, y a la vez atento a las precipitadas tragedias de la guerra mundial y sus derivas, construía apresuradamente y con nervio su columna diaria de última hora y semanalmente su crónica en Destino, una de las cuales le costó la cárcel.

Elevado Santiago a la categoría de subdirector, fue cuando confió la jefatura ejecutiva a su hermano Carlos, convencido de que realizaría una

misión sobresaliente y una perfecta coordinación con la red de corresponsales propios.

Así ganó La Vanguardia el crédito que la sitúa entre los diarios más fiables de Occidente en el tratamiento y análisis del día a día de la política internacional. Más de tres decenios estuvo Carlos Nadal al mando de la sección, donde publicaba personales comentarios con su firma que pasaban a ser lectura semanal de la Escuela Diplomática de Madrid. Precedente que, a la hora de jubilarse por motivos de salud, dio salida a su semanal Week-end dominical, que José Antich, Alfredo Abián y Alex Rodríguez ubicaron en las páginas de las que fue el alma.

Unas piezas casi siempre magistrales sobre temas de candente actualidad, escritas con un estilo impecable, que rezumaban inteligencia y profundo conocimiento de la historiografía y de la geopolítica y geoestrategia. Todo ello, con una riqueza de vocabulario sólo explicable por su condición de magnífico profesor de literatura y una secreta vena poética, volcada en una colección de sonetos a los que sólo tuvieron acceso su esposa, María Dolores Masana, y otras pocas personas de su intimidad. Carlos contó siempre con el respaldo de sus hermanos Santiago y Juan Manuel, además de incontables amigos y admiradores, entre los que contaba a directores de sus mejores épocas de redacción, cual Horacio Sáenz o Lluís Foix y, por supuesto, amigos de siempre como José Casán, Lorenzo Gomis, Lluís Permanyer, Xavier Batalla o Alberto Díaz Rueda. Nuestro presidente, Javier Godó, le propuso para el premio que lleva el nombre del fundador de nuestro diario.

Y en mi caso, siempre hablé de Carlos como del mejor jefe inmediato que he tenido un tiempo en mi vida profesional. Vuelvo hoy a repetírselo,

cuando nos ha dejado tras años de lucha y supervivencia llevada con
ejemplar resistencia y extrema lucidez.